

PARÍS, 10 de Enero de 1852.

Muy señor mío: Pareciéndome oportuno decir á Ud. algo de lo mucho que pudiera decirse, y que diré más adelante, siguiendo el curso de los acontecimientos, acerca de las mudanzas que los últimos sucesos de aquí deben producir, y han producido ya, en la política de las potencias de Europa, me propongo hoy llamar la atención de Ud. sobre este importantísimo negocio.

Si hubiéramos de atenernos únicamente á las noticias oficiales, no cabe género alguno de duda en que todos los Gobiernos de Europa se han mostrado igualmente benévolos hacia el Presidente de la República, é igualmente respetuosos de la independencia y de la libertad de la Francia. Apartados, empero, los velos oficiales, que no sirven sino para ocultar la realidad de las cosas, se echan de ver al punto importantísimos contrastes y notabilísimas diferencias en la manera de ver y de sentir de los Gobiernos europeos.

Las potencias del Norte han visto los acontecimientos de París con grande complacencia, y están prontas á apoyar al Presidente con sus consejos y recursos. La Bélgica, aficionada á su Rey, amigo y pariente de la dinastía de Orleans, ha visto todo lo ocurrido con disgusto, y considera todo lo que puede ocurrir con gran desconfianza. El Piamonte, amenazado por el Austria, que lo observa desde el Milanesado, comienza á temer á la Francia por el lado de la Saboya. Entretanto Nápoles cobra esperanzas y bríos, y Roma se siente aliviada de sus mortales angustias y de sus penosas incertidumbres.

— 531 —

Por lo que hace á Inglaterra, la opinión pública se ha declarado contraria al gran suceso que hoy ocupa á las naciones con aquella espontaneidad y aquella unanimidad que adquiere siempre en las ocasiones solemnes y decisivas. Ni podía ser de otra manera. Pueblo eminentemente constitucional, no podía mirar con ojos indiferentes y serenos la caída estrepitosa del Gobierno constitucional de sus vecinos; pueblo esencialmente discutidor, no puede mirar sin despecho la abolición en Francia del régimen parlamentario; pueblo en quien es nativo, como en la antigua Roma, el respeto supersticioso á la ley, no podía ver sin horror y sin ira un golpe de Estado, conculcador de la santidad inviolable de las leyes; acostumbrado á dar el molde de su Constitución política al Continente, no podía ver con serenidad hecho pedazos ese molde.

El golpe de Estado de Francia, que es contrario á los hábitos, á las ideas y á los gustos de Inglaterra, lo es también, y sobre todo, á sus más preciosos intereses. El interés supremo de la Inglaterra consiste hoy, ha consistido antes y consistirá siempre, en impedir la unidad de miras y de acción de los pueblos continentales. Esta política, que, considerada desde el punto de vista del interés del Continente europeo, es una política subversiva, considerada desde el punto de vista del interés británico es una política eminentemente conservadora, como quiera que las discordias continentales constituyen á la Gran Bretaña en pacífica dominadora y en árbitra suprema del Continente.

Se ha creído generalmente que el interés del Gabinete inglés consiste en que el Continente obedezca á cierta forma de gobierno: éste es un grave error; todas las formas de gobierno le son indiferentes si el Continente está dividido; el parlamentarismo continental no le es agradable porque haga libres á los pueblos, sino porque enflaquece la autoridad y porque divide al continente en dos zonas: la del Mediodía y la del Norte. Si todo el Continente fuera constitucional, la Inglaterra para dividirle, daría principio á una propaganda absolutista.

Esto sirve para explicar su política tradicional en los disturbios continentales, dirigida siempre á avivar el antagonismo de las naciones, y á servirse de las unas como de instrumento para quebrantar el poderío ó la arrogancia de las otras. Hoy toma á sueldo á los ejércitos rusos y alemanes para lanzarlos, como témpanos que se descuelgan del monte, sobre la Francia imperial ó republicana, y al día siguiente entra con la Francia en negociaciones amistosas, la toma bajo su tutela, protege la expansión del germen revolucionario que lleva siempre en su seno, paraliza á todos los ejércitos y condena á la inacción á todas las naciones. En las discordias intestinas del mundo germánico, hoy apoya á la Prusia contra el Austria, mañana al Austria contra la Prusia, y al mismo tiempo que separa á los grandes Estados, para aumentar la confusión junta á los pequeños; de esta manera divide á los fuertes entre sí y concita á los flacos contra los fuertes. Los miembros del gran Imperio austriaco se dislocan, y la Inglaterra favorece la dislocación de todos sus miembros; por eso es húngara en el Norte, italiana en el Mediodía, austriaca en ninguna parte.

Esta política subversiva ha sido causa de que se levantara contra la Inglaterra un grito de horror de las entrañas del mundo civilizado. Una sola cosa ha impedido una explosión universal de todas las gentes: ese único impedimento ha consistido en la alianza entre la Francia y la Inglaterra, que impone la paz al mundo; como quiera que no es posible guerrear, con probabilidad de vencer, contra las fuerzas combinadas de dos naciones, de las cuales la una es reina del Océano, y la otra poderosísima en el Continente. Esta alianza no se ha fundado nunca en la amistad, sino, al revés, en el cálculo y en el egoísmo; la Inglaterra la ha aceptado en el interés de su dominación: la Francia en el de su independencia; el día en que la Inglaterra pueda dominar sin la ayuda de la Francia, la Inglaterra quebrantará á la Francia como á un vidrio en una roca; el día en que la Francia esté segura de la integridad de su territorio sin la ayuda de la Inglaterra, la Inglaterra

verá caerse de sus manos el cetro de la dominación y será el escarnio de las naciones. Un solo medio hay de que una de estas dos cosas sea posible: la reconciliación de la Inglaterra ó de la Francia con el Continente europeo; la primera me parece tan difícil como hacedera la segunda; y como en esto consiste el nudo de la cuestión, cuestión que es hoy soberana, me permitirá Ud. que entre en algunas explicaciones que me parecen indispensables.

Proponiéndose la Inglaterra la dominación, su reconciliación con el Continente no es posible sino con la condición imposible de que el Continente quiera ser dominado. No aspirando la Francia sino á la integridad y á la independencia de su territorio, integridad é independencia que nunca han corrido riesgo sino por el temor al contagio de sus revoluciones, entre la Francia y el Continente no ha habido, desde la revolución de Julio hasta hoy, sino una cuestión de principios; cuestión que consistía, primero, en averiguar si el Continente europeo había de ser regido por las Monarquías legítimas ó por las Monarquías salidas de los incendios populares, y que ha consistido desde la revolución de Febrero en averiguar si la Europa había de ser una República unitaria ó un compuesto de diferentes Monarquías. Mientras que la cuestión ha sido planteada en estos términos, es cosa clara que era imposible todo género de avenencia entre la Francia y el Continente; como quiera que ni el último podía avenirse á dejar de ser monárquico y á abandonar sus Monarquías seculares, ni la primera á cambiar, durante el reinado de Luis Felipe, por la Monarquía secular la Monarquía electiva, ni después de la revolución de Febrero, por la forma monárquica la forma republicana. La alianza entre la Francia y la Inglaterra ha sido el resultado forzoso de la imposibilidad en que han estado las dos de reconciliarse con el Continente europeo; á favor de esta alianza, la Monarquía de Julio, y después la República de Febrero, han mantenido la integridad y la independencia del territorio francés á pesar de la enemistad de las Monarquías continentales: á fa-

vor de esta alianza, la Inglaterra ha podido mantener y consolidar su dominación cuasi universal, á pesar del odio violentísimo que sus insolentes demasías habían engendrado en las naciones.

Tal era el estado de las cosas cuando amaneció el 2 de Diciembre, fecha para siempre memorable en los fastos de la historia. ¿Qué significa, qué cosa es el golpe de Estado del 2 de Diciembre? Este golpe de Estado, ó nada es y nada significa, ó significa y es la supresión simultánea de la revolución de 1789, de la de 1830, de la de 1848 y de la de 1852: la supresión del *liberalismo*, que tuvo origen en la primera; la supresión del *parlamentarismo*, que tuvo origen en la segunda; la supresión del *republicanismo*, restaurado en la tercera; y la supresión del *socialismo*, que hubiera venido al mundo con la cuarta. El golpe de Estado del 2 de Diciembre no es nada, ó es la supresión de esas cuatro revoluciones. Ahora bien, amigo mío; la supresión de esas cuatro revoluciones no es, nada más y nada menos, sino la supresión instantánea y fulminante, si así puede decirse, de todas las causas de hostilidad entre la Francia y el Continente europeo. Es esto tan cierto, que, sin necesidad de transacciones preliminares ni de tratos previos, el pueblo francés y los demás pueblos del Continente han sido reconciliados. Á esta reconciliación no pueden señalarse otras excepciones sino la de la Bélgica, la de la Suiza y la del Piamonte, satélites que vagan hoy sin dirección en los espacios, y que serán mañana arrastrados en el raudo movimiento de sus planetas.

La reconciliación de la Francia con el Continente significa á una vez todas estas cosas: la supresión, por lo que toca á la Francia, de la necesidad de su alianza con la Inglaterra; la supresión consiguiente de esta alianza; el aislamiento de la Inglaterra, la pérdida de su dominación sobre el Continente europeo. La reconciliación de la Francia con el Continente no significa nada ó significa esas cosas, y esas cosas son nada menos que una dislocación completa de las fuerzas políticas

del mundo. La Inglaterra comprendió intuitiva é instantáneamente este significado, y por eso se entregó á toda la amargura de su justo dolor y á todas las iras de su profundo despecho.

Lord Palmerston, sin embargo, no se dió por vencido; y con aquella sagacidad penetrante y aquel intrépido arrojo que mostró siempre en las grandes vicisitudes de su vida pública, tomó instantáneamente una resolución que contribuyó poderosamente á su caída y que desorientó á un tiempo mismo á la Inglaterra y á la Europa: su resolución consistió en aprobar calurosamente el golpe de Estado del Presidente de la República. Los motivos de resolución tan grave é inesperada en el tiempo mismo en que el Gabinete inglés y la opinión pública de la Gran Bretaña se declaraban abiertamente contra la conducta observada por Luis Bonaparte, son para mí clarísimos hoy día, aunque al principio me parecieron impenetrables por lo oscuros. Lord Palmerston vió con terror profundísimo el aislamiento de la Inglaterra: para salir de este aislamiento no había más que dos caminos posibles: reconciliarse con la Francia, ó reconciliarse con las otras naciones continentales: reconciliarse con las últimas era renunciar á su sistema de propaganda revolucionaria, era condenar su antiguo sistema, era pasar por las horcas caudinas de la Europa; reconciliarse con la Francia aprobando el golpe atrevido de un dictador, era también contradecirse; pero era contradecirse parcialmente, y esta contradicción parcial podía ponerle en el caso de ser consecuente consigo mismo en su política con todas las otras naciones. Lord Palmerston se lisonjeaba, y hasta cierto punto con razón, de que el Presidente de la República, en agradecimiento de su alianza, renunciaría por una parte á su reconciliación con el Continente, y le permitiría por otra continuar, en sus relaciones con las otras potencias, su sistema subversivo y su política revolucionaria. Lord Palmerston, para decirlo todo de una vez, creyó que la Inglaterra no estaba en el caso de escoger entre un bien y un mal, sino entre

males de diversa naturaleza y de diversa importancia; puesto en esta situación peligrosa, tomó prontamente su partido, y estimó la alianza con la Francia, á pesar del golpe de Estado, como el menor de todos los males. Y así era la verdad: la prueba de que Lord Palmerston comprendía mejor el interés inglés que el resto del Gabinete y que la Inglaterra misma, está en que el Presidente de la República miró con grande sentimiento y con indecible enojo la caída de aquel hombre de Estado, dando de esta manera á entender que su amistad y su apoyo eran para él de mayor precio que otros apoyos y otras amistades. Y en esto cabalmente consiste la grande importancia de la caída de Lord Palmerston en las circunstancias presentes. Si el noble Lord hubiera seguido al frente de los negocios, es para mí cosa puesta fuera de toda duda que el golpe de Estado del Presidente hubiera perdido la mayor parte de su importancia; como quiera que su influencia no se hubiera hecho sentir más allá de los límites de la República, el golpe de Estado hubiera sido entonces un acontecimiento francés, y nada más. Lord Palmerston no hubiera consentido jamás que llegara á ser lo que debía ser por su naturaleza misma, y lo que hoy día es: un acontecimiento que determina en todas partes otros que le son análogos, un acontecimiento contagioso, un acontecimiento europeo. Contando, en cambio de su adhesión, con el apoyo de la Francia, Lord Palmerston no vaciló en rechazar con desdén las proposiciones del representante austriaco en Londres, relativas á los refugiados políticos, dando con esto claramente á entender que, en su sentir, los últimos sucesos de la Francia en nada habían alterado el sistema político seguido por la Inglaterra en sus relaciones con la Europa.

Estas dos resoluciones, en realidad análogas y en apariencia contradictorias, no fueron del gusto del Gabinete inglés, y provocaron la caída del ministro de Negocios extranjeros. La Historia dirá que el caído cayó con la Gran Bretaña, y que el vencido era más inglés que los vencedores.

La política actual del Gabinete inglés es lo que era nece-

sario que fuera: incierta, floja y descolorida, oscilando entre la amistad y la enemistad de la Francia por un lado, y por otro, entre la amistad y la enemistad de la Europa. La Europa no puede tener gran confianza en los antiguos compañeros de Lord Palmerston, y el Presidente de la República mira de reojo y con recelo á los que derribaron al hombre que era su amigo; resultando de todo, por una parte, el aislamiento absoluto de la Inglaterra, y por otra, la reconciliación de la Francia con las demás naciones continentales.

Que el Gabinete inglés no puede seguir como está, es una cosa evidente: la cuestión hoy pendiente no consiste en averiguar si ha de prolongar ó no ha de prolongar su existencia, sino en averiguar si han de ser éstos ó los otros sus sucesores. Según mis últimas noticias, tres son las combinaciones posibles: una combinación tory, en la cual habría cabida para Lord Palmerston siempre que éste renunciara á desempeñar el ministerio de Negocios extranjeros, cosa que me parece de todo punto imposible; una combinación en que torys y peelistas entrarían por iguales partes, lo cual no es ni imposible ni difícil, si se atiende á que una transacción en lo relativo á la cuestión del comercio de granos es, en las circunstancias actuales, una cosa hacedera; y, por último, una combinación en virtud de la cual el Gabinete whig se reforzaría con Sir James Graham y otros peelistas notables: esta combinación es facilísima, y, por lo mismo, la más probable de todas. Lo que no es ni probable, ni fácil, y tal vez ni posible, es que cualquiera de estas combinaciones sea poderosa para sacar á la Gran Bretaña del mal paso en que está metida por desgracia suya y para dicha de la Europa.

Entretanto la reconciliación de la Francia con las otras naciones continentales va haciendo agigantados progresos, y todas juntas han empezado á ejercer una presión diplomática sobre el Piamonte y la Suiza con el objeto de provocar una mudanza, en el sentido conservador, de sus instituciones. El Gabinete francés, por su parte, ha comenzado á reclamar del

de Bélgica la expulsión de los emigrados, que desde Bruselas están haciendo una guerra sangrientísima al nuevo orden de cosas que se ha establecido en Francia.

No pondré término á esta carta sin decir algo acerca de la política interior del Presidente, la cual es cada día más enérgicamente conforme con lo que exige el restablecimiento del principio de la autoridad, tan menoscabado en el mundo en los tiempos que ahora corren. Usted habría visto por los periódicos los decretos que han seguido á aquel por el cual el Panteón ha sido consagrado nuevamente al culto divino bajo la advocación de Santa Genoveva. Entre ellos figuran como más importantes dos, de los cuales el uno previene la observancia del precepto religioso que prohíbe trabajar los domingos y días feriados, y el otro manda borrar de todos los monumentos y edificios públicos la sangrienta y estúpida divisa de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*; divisa que había sido aceptada por todas las revoluciones triunfantes.

Todo indica que el Presidente se propone seguir adelante en el camino comenzado: por una parte, la Guardia Nacional está herida de muerte y va á desaparecer muy pronto; por otro, han sido restablecidas en las banderas de los ejércitos las águilas imperiales. Conservando su residencia privada del Elíseo, el Presidente tendrá en adelante otra oficial en las Tullerías. La autorización de levantar empréstitos concedida á varios Ayuntamientos, es señal de que el Presidente lo prepara todo para realizar una descentralización saludable de la Administración, al mismo tiempo que concentra en su persona todo lo que concierne á la política y al gobierno. La descentralización administrativa será completa cuando se haya declarado la mayor edad de las Corporaciones municipales, término adonde parecen dirigirse todas las providencias tomadas hasta aquí y las que se anuncian próximamente. La Constitución, por fin, será publicada probablemente dentro de breves días.— De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 24 de Febrero de 1852.

Muy señor mío : Voy á bosquejar muy brevemente el cuadro interior de la Francia y el exterior de la Europa en el momento en que escribo.

La idea de la inestabilidad ha vuelto á apoderarse de los ánimos; hay temores vagos é indefinidos de catástrofes: la industria no prospera: el comercio se pára, y ha cesado cuasi de todo punto la actividad de los negocios. Yo debo manifestar á Ud. estos vagos temores porque existen: no debo ocultarle, empero, que son exagerados. El golpe de Estado desorganizó tan violentamente y de tal manera todas las fuerzas que pudieran rebelarse contra el nuevo poder, que no es probable, ni aún posible, que puedan rehacerse en largo tiempo. Todo acto de rebelión ó de resistencia en las circunstancias actuales sería un acto de locura, como quiera que el nuevo poder salido del último cataclismo, cualesquiera que sean las faltas que cometa, tiene por de pronto, y tendrá durante mucho tiempo todavía, fuerza bastante para comprimir todas las resistencias y para sofocar todas las rebeliones.

Yo diré en pocas palabras en qué consiste su fuerza, y en dónde está su debilidad; qué es lo que le hace más invencible, y por dónde es vulnerable. Su fuerza consiste en haberse hecho el representante de la reacción universal contra la preponderancia exclusiva de las clases medias y contra las teorías parlamentarias: su fuerza consiste en haber buscado su punto de apoyo en el Ejército y en la Iglesia, los dos más grandes instrumentos<sup>1</sup> de organización y de conservación que existen en el

<sup>1</sup> La palabra "instrumento", no debe ser entendida aquí en su propio riguroso sentido.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)